

Reseña

**Vallejo, Irene. Manifiesto por la lectura.
Madrid: Siruela, 2020**

Joaquín Lanza¹

*tu tamen i pro me, tu, cui licet, aspice Romam,
di facerent, possem nunc meus esse liber!*

*Sin embargo, ve tú en mi lugar, contempla Roma tú, a quien le está permitido.
¡Ojalá hicieran los dioses que pudiese ser yo ahora mi libro!
(Ovidio, Tristia, I, 1, 57-58)*

Exiliado en Tomis (actual Constanza, Rumanía), Ovidio nunca logró regresar a su amada Roma, pero logró concederle ese privilegio a su obra. Como otras veces en la historia de la literatura, el autor deseó hacerse uno con su creación, trascender su cárcel humana para vivir en los infinitos tiempos y espacios que los libros propician. *Manifiesto por la lectura* nace para que no olvidemos ese gran poder de los libros. Esta breve obra de la filóloga y escritora Irene Vallejo (Zaragoza, 1979) surgió en febrero de 2020 como un encargo de la Federación de Gremios de Editores de España “para que fuera la voz que acompañara a la petición de un Pacto de Estado por la lectura y el libro” (3). En este sentido, tal como lo indica su nombre, su principal potencia radica en su cualidad de *manifiesto*. Fiel a su etimología

¹ **Joaquín Lanza** (Rosario, 1998) es Profesor en Letras, egresado de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. En la misma Facultad es docente en la cátedra de Lengua Griega I y miembro del Centro de Estudios de Filología Clásica “Lena R. Balzaretto”. Se desempeña también como docente en nivel medio. Ha participado como expositor en diferentes encuentros académicos de su especialidad y es autor de publicaciones en revistas especializadas y de divulgación. Contacto: lanzajoa@hotmail.com

(del lat. *manifestus, a, um*), es una clara e indudable defensa de la lectura, “acto colectivo que nos avvicina a otras mentes y afirma sin cesar la posibilidad de una comprensión rebelde al obstáculo de los siglos y las fronteras” (22), y de los libros, “vehículos de nuestra memoria capaces de transformar el futuro” (36). Estructuralmente, consta de una introducción y nueve capítulos. La “Introducción”, escrita por Miguel Barrero Maján, presidente de la Federación, deja en claro la motivación que debe tener un Pacto por el libro y la lectura: “la aspiración de conseguir que los ciudadanos encuentren tanto sentido a leer como para que la lectura sea una experiencia frecuente en sus vidas” (7), a la vez que sitúa el origen del ensayo en la voluntad de los editores de reivindicar los valores de la lectura y de defender las razones por las que creen en los libros.

Con tan solo leer su título, nos damos cuenta de que *Manifiesto por la lectura* no se ajusta a las tradicionales categorías académicas que vuelven a un libro “reseñable”. Leer a Irene Vallejo siempre implica despojarnos de nuestras cómodas armaduras teóricas para sumergirnos en las profundidades de lo literario: no es casual que sus libros inicien con narraciones. El prólogo de otra gran obra suya sobre la invención de los libros en el mundo antiguo se abre con un relato: “Misteriosos grupos de hombres a caballo recorren los caminos de Grecia” (Vallejo *El infinito en un junco* 15). Curiosamente, la autora decide comenzar “Frágiles”, el primer capítulo de su *Manifiesto*, de manera similar: “Había una vez una mujer sola en un territorio peligroso. Menuda y delgada, cada noche debía enfrentarse a una temible amenaza. Pero, en los cuentos, los pequeños, los débiles, los frágiles, poseen siempre un talismán salvador” (15).

En *El infinito en un junco* descubrimos que detrás de la odisea de aquellos jinetes está el Señor de las Dos Tierras, quien busca “conseguir todos los libros del mundo para su Gran Biblioteca de Alejandría” (Vallejo 16), mientras que la muchacha de “Frágiles” posee un don: el poder de la palabra, el poder del relato. Para Vallejo, la posibilidad de relatar comporta algo de

sortilegio, de “hechizo cargado de futuro” (18). Este primer capítulo se revela como una verdadera apología de la imaginación, milenaria aliada del lenguaje que nos permite rebasar la fragilidad de nuestra especie hacia lo imposible y lo inconcebible: “Nuestra auténtica fortaleza es creativa. Gracias a la imaginación, hemos inventado el mito de Ícaro y los aviones, el Nautilus y los submarinos, los viajes estelares de Luciano y el Apolo XI” (19).

El segundo capítulo, “Alas y cimientos”, profundiza en nuestra evolución biológica a partir del desarrollo del lenguaje. En las palabras de la autora reverbera la danza de las abejas cuando afirma que ninguna habilidad comunicativa animal, por compleja que sea, puede equipararse a las nuestras en cuanto a su flexibilidad, libertad y riqueza. Alguna dimensión de lo mágico vuelve a apoderarse de la voz de Vallejo al establecer que nuestra capacidad lingüística nos permite “coexistir en dos geografías: el espacio tangible que habitamos junto a miles de seres vivos y un universo paralelo que nos pertenece en exclusiva” (21). Gracias a la invención de la escritura y la lectura, las alas ya desplegadas por el lenguaje se abren aún más. Acto necesariamente colectivo, la autora nos dice que la lectura nunca es solitaria, e incluso rastrea en ella los orígenes del pensamiento democrático.

Libri faciunt labra (“Los libros hacen los labios”), adagio romano que Vallejo atribuye a Quintiliano, inaugura la relación entre la lectura, la escritura y el habla en “Arquitecturas del cuidado”, tercer capítulo del *Manifiesto*. La lectura se presenta como ejercicio mental y retórico, *gymnásion* del cerebro y el alma. Sin embargo, los límites humanos se desdibujan en el capítulo cuatro, “Fantasmas de voces”, al dar vida –o, más bien, al resucitar– a todas aquellas voces que conforman el entramado de los relatos que leemos hasta el día de hoy. El lector se convierte aquí en Odiseo, mientras que la lectura se vuelve una especie de *nékyia*; invocamos a los fantasmas que viven en los textos como el héroe itacense invoca a los muertos, para interrogarlos sobre el futuro (*Od.*, XI).

Los capítulos quinto y sexto, “Ideas extravagantes” y “Estremecimientos de agua”, se centran principalmente en el libro como objeto. El primero de ellos comienza con las incansables búsquedas por mejorar el soporte de la escritura y lograr así su perduración. Los libros se equiparan entonces con los cofres, pues en ellos “hemos preservado nuestras mejores ideas” (37). Vallejo nos hace ver que la invención de la democracia, el código de los médicos hipocráticos, las leyes romanas, la educación igualitaria, entre muchas otras ideas que moldean nuestra civilización, no se han perdido gracias a esos pequeños artefactos de papel capaces de contener mundos enteros. Artefactos que, por otro lado, son extremadamente frágiles. Esta cuestión es abordada en el sexto capítulo, donde la autora afirma que, en términos de probabilidades, lo más lógico habría sido “que el conocimiento recogido en los libros desapareciera, víctima de guerras, epidemias y saqueos” (40). Y, sin embargo, siempre existió quien los protegiera.

En el séptimo capítulo, “Peligros casi imperceptibles”, la libertad de los libros se enfrenta a los dogmas y totalitarismos que los han perseguido, quemado y destruido a lo largo de los siglos. Pero no son estos los únicos enemigos, como tampoco lo son solamente el fuego, el agua y la guerra: “Hoy, entre nosotros, existe el peligro [...] de la desidia, el olvido, la omisión, el descuido, la indiferencia” (47). ¿Cuál es la única herramienta de combate ante este enemigo invisible? Sin dudas, una política del cuidado: cuidar y apoyar a quienes imaginan, a quienes escriben, traducen, corrigen y editan. Pero, por sobre todas las cosas, cuidar al lector, a todos los lectores. El título del octavo capítulo nos explica uno de los tantos porqués de la protección de la lectura y del libro, en tanto “Herramienta de reconstrucción”: “Atravesamos tiempos de crisis, de cambio, de incertidumbres. Y es precisamente en esas encrucijadas cuando necesitamos volver la mirada a los libros, a los renglones del pasado” (50).

El noveno y último capítulo, “Salvemos el milagro”, corona el *Manifiesto* con el borramiento de todas las fronteras, como las que se borran en cualquier diminuta librería. Allí, donde todos los libros confluyen, donde todas las voces se mezclan, se unen y se tocan. Pero la magia no tiene lugar aquí, a diferencia del caso de la muchacha narradora en el primer capítulo. La protagonista de esta historia es otra: es la incansable lucha de siglos, de los millones de amantes de los libros, para trasladarlos “a la plaza pública, al ágora, donde nadie tiene negado el acceso” (57), y de donde nunca deberían salir.

En conclusión, *Manifiesto por la lectura* es un librito que, pese a su tamaño, contiene todos los libros. Los de los clásicos, Homero, Platón, Quintiliano, Luciano, Tácito, Pablo de Tarso, y los de los modernos, Cervantes, Chéjov, Lorca, Duras, Vargas Llosa, Yourcenar, Machado. Es un libro que recorre todas las geografías, desde Grecia, Roma y Siria, hasta Nueva York y Fuente Vaqueros, y que habita todos los espacios lectores, las librerías, las imprentas, los archivos, las bibliotecas, las escuelas, los talleres, los clubes de lectura, los centros cívicos, incluso “allí donde un cuentacuentos señala con sus dedos las páginas a un circo de diminutos ojos atónitos” (49). Irene Vallejo logra conjugar una oda a la lectura y al libro con una invectiva y un grito de guerra al olvido, en una deliciosa obra que nos sitúa como eternos responsables de una *caligrafía del cuidado*.

Bibliografía

Vallejo, Irene. *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Madrid: Siruela, 2020.